



12 años
Arauco, región del Bío Bío
Segundo lugar nacional - Primer lugar regional

Ilustración: Karina Cocq

⇒ DESDE LAS SOMBRAS DE UN ÁRBOL ⇒

Juliana Antonia del Río Burgos

Algunas personas dicen que el amor y la amistad nacen de los ríos. Otras dicen que del aire o del viento. Pero yo digo que el amor nace de los árboles. Esta historia me la ha contado mi abuela y sin ella, no hubiera conocido las sombras de este árbol. Todo ocurrió una tarde cualquiera, a cualquier hora, de cualquier día, en las sombras del recuerdo.

—He conocido a un hombre que ha venido del sur y me ha contado que el abuelo de su abuelo fue amigo de un tigre. —Estábamos a la sombra de un árbol, una gran araucaria, que al igual que yo, oía las historias que narraba mi abuela.

Mi abuela, por muy anciana que estuviera, aún tenía la capacidad de posarse debajo de un árbol para conectarse con las historias que ella misma relataba para mí y para el silencio que llenaba las brisas del viento de toda tarde de primavera.

—¿Amigo de un tigre? —repetí dudosa en voz baja. ¿Cómo hizo ese hombre para ser amigo de un tigre, abuela?— pregunté.

—El abuelo de su abuelo era un guerrero mapuche —acotó y comenzó a narrar—. Una vez, al final de una batalla contra varios grupos de soldados blancos, quedó del lado del enemigo. Varios días estuvo oculto entre los pastos y ramas de un bosque, sin hacer ni un solo ruido, mientras observaba hacia la lejanía la batalla entre su pueblo y los desconocidos que habían llegado a atacarles con armas y objetos que nunca habían visto antes. Una tarde el silencio había regresado. Se levantó del lugar donde descansaba y miró hacia todas partes, y no halló a la vista ni guerreros mapuches ni soldados blancos, ¿se había salvado? La tranquilidad que él veía, le hacía creer que sí, pero aún estaba muy lejos de su gente.

—Caminó todo el día entre los cerros y bosques nativos —agregó mi abuela, luego de tomar un gran respiro—, ese olor a tierra le hacía recordar a ciertos días cuando iba con su familia hacia los bosques a recolectar quiñones, y otros frutos abundantes de su zona. Él extrañaba todo eso, deseaba solamente ir por el camino correcto. A la noche seguía en tierras desconocidas. De repente, en la oscuridad de la luna, vio dos luces pequeñas, pensó «de seguro debe ser gente que ha prendido fuego», él creyó que se trataba de su pueblo y se alegró por un instante, hasta que enseguida se dio cuenta que tales luces amarillas se trataban de los ojos de un tigre. Estos se acercaban cada vez más y más, entonces sintió tanto miedo por la soledad que traía, que se largó a llorar.

— ¿Y qué pasó después, abuela? —a ese punto de la historia, esta me había consumido totalmente y solo quería seguir oyendo sobre ella.

— No todos los tigres son malos, hija. Existen tigres buenos, como este. El tigre se detuvo, y el hombre recordó las historias que le había contado su abuela, de cuando los animales y las personas eran amigos y compartían juntos. El hombre lo acarició, y el tigre lo miraba confiablemente, en ese pequeño lazo de tiempo se había formado una confianza mutua desde las sombras de un gran árbol. “Peñi Nahuel¹, no me hagas daño, por favor”, le dijo el hombre

¹ Peñi Nahuel: hermano tigre en lengua mapudungun (nota del autor).

mapuche a su hermano tigre. El tigre, lo miró fijamente y asintió con la cabeza hacia un lado, como si hubiera comprendido lo que le había dicho el hombre. El animal comenzó a caminar, y el hombre lo siguió. Caminaron toda la noche, el hombre estaba un poco nervioso, ya que en cualquier momento el tigre lo podía desconocer y lo podía atacar. A la vez, viciado por el ruido de las ramas al ser pisadas por el tigre que caminaba delante de él. Cuando aclaró continuaron caminando. Por la noche, el tigre le buscó un refugio en el hueco de un pehuén, mientras él tomaba el cargo de guardia arriba de las ramas del árbol. El tigre cazó para el hombre, comieron y compartiendo la comida, hicieron carreras de correr, y se revolcaban en las riberas de los ríos. El tigre se dejaba hasta acariciar. Una tarde se acercaron a la cordillera. El hombre percibió que el viento traía el humo de las fogatas de su gente. Esa noche durmieron como lo habían hecho durante todo el camino, pero a la mañana siguiente, el tigre había desaparecido, y aunque el hombre lo buscó durante unas horas, este no apareció por ningún lado. “¡Gracias Peñi Nahuel!”, gritó el hombre, y gracias al viento, el mensaje llegó hasta los oídos del tigre.

Aún recuerdo aquella tarde en la que mi abuela hacía memoria de su vida y yo aprendía de ella entre las sombras de un árbol.

Ahora me encuentro a las sombras de un árbol provocadas por la luz de la luna y a la lejanía, se acercan dos brillosos ojos amarillos que me miran fijamente entre la oscuridad.

—¿Peñi Nahuel, eres tú? —gritó hacia el vacío.